



Ciudadanía y religión: desencuentros palpitantes

Julián Arroyo



DOMINGO MORATALLA, A. (COORDINADOR), *Ciudadanía, religión y educación moral*. Madrid 2006, 236 páginas

Seis artículos de otros tantos autores, bien conocidos todos ellos, conforman el contenido de este libro, que se mueve en torno a los temas de religión, ciudadanía y educación moral y que cuenta con una gran actualidad porque sirve de base para una reflexión serena acerca de cuestiones que acostumbran a tratarse con cierto apasionamiento.

El ámbito en que se desarrollan los trabajos es de perspectiva intelectual y académica, pues se plantearon como ponencias de un curso de la UIMP de Valencia en el verano del 2005, dirigido por Agustín Domingo. Sólo en este contexto puede entenderse la línea tan abierta que el coordinador propone en la introducción. En efecto, indica que se trata de "eliminar alguno de los fundados recelos que la Educación para la ciudadanía (EpC) ha despertado en la comunidad educativa sociológicamente católica y moderadamente liberal..." (página 11). Desde luego resulta sorprendente tal información, porque percibir de manera positiva este campo educativo por parte de católicos moderadamente liberales no es nada acostumbrado. Por otra parte, eliminar recelos me parece bastante ingenuo, ya que no creo que vayan a ser suprimidos, sino todo lo contrario, quizás porque eran *fundados* en su propia percepción. Esta última adjetivación me chirría personalmente, dado que, si uno se ha convencido de que están fundados, el acuerdo será imposible, como ocurre en 2007 y más todavía en adelante cuando la EpC se empieza a impartir. Por ello la "oportunidad educativa" (página 15) de Domingo resulta, en mi opinión, otra oportunidad perdida.

Sin embargo, y a pesar de lo anterior, sí que es de agradecer que Domingo proponga "una mínima moral común" y una "máxima conciencia de los derechos y las obligaciones" (página 8). Totalmente de acuerdo en esto, aunque desgraciadamente se



torpedeará una vez más para que todos perdamos con ello y continuemos convirtiendo la religión en "elemento de confrontación política" (página 17), como escribe Artacho.

Rafael Artacho se propone plantear la presencia de la religión en la escuela de manera impecable. Hay que agradecer su esfuerzo en la configuración de un modelo convergente, pero creo que no consigue convencer, aunque personalmente lo celebraría. A mí me parece que deberían matizarse las cosas mucho más y no dudo de la capacidad y buen hacer de este profesor. Por ejemplo, partir de la premisa de que "la crisis de la asignatura de Religión forma parte de la llamada <<crisis de Humanidades>> en la escuela" (página 17) es uno de los grandes tópicos que se suelen manejar sin crítica, porque es mucho más que esto o no es solamente esto. Igualmente es un tópico decir que la religión debe estar en la escuela "en función de su valor como hecho de la civilización" (página 47). Creo poder afirmar que Artacho sabe de sobra que esto no lo aceptará nunca la actual jerarquía católica. Y este es el gran problema.

El trabajo de González Vila comienza con una disquisición terminológica algo superflua, en mi opinión, sobre los términos laicidad, laicismo, laicidadismo y otros. ¿Por qué no superamos todo este vidrioso asunto que hasta me parece ya morbosos y truculento? Mas el fondo de la cuestión es que se concibe la Educación ético-cívica como el lugar "donde puede inculcarse la infección adoctrinadora" (página 93). Esto me resulta sencillamente una exageración. Quien trabaje en la enseñanza pública sabe muy bien en qué tiempos estamos y conoce los estudiantes que tenemos. Produce risa pensar que pueden ser adoctrinados. ¿Acaso no se sabe cuál es la actual situación que con tanto morbo reproducen los medios de comunicación? Quizás es que se está pensando en ciertos colegios religiosos muy de elite, pero en los otros no hay manera de hacerlo por mucho que se intentara, que no es así, porque la mayoría del profesorado es bastante sensato y prudente. Dejémonos de historias, por favor.

Mucho más interesantes me parecen las contribuciones de Jordi Giró y Flavio Pajer. Este último plantea la formación religiosa en el ámbito de la Unión Europea. Creo que tal consideración podría abrir horizontes intelectuales en lugar de cerrarlos cada vez más por causa de los mostrencos intereses particulares de nuestra intrahistoria hispánica.



Giró propone un planteamiento ciertamente nuevo, que es el de diálogo interreligioso en los espacios educativos públicos. La línea que ha prevalecido es la de los esquemas exclusivistas mantenidos por la orientación católica mayoritaria, que sólo conduce a los enfrentamientos con las posiciones laicas. Parece que en este sentido hemos agotado las dialécticas de confrontación para vencer al adversario con batallas ganadas y pérdidas. El problema es que ante esta "falta de agilidad" (página 138), con "el riesgo de desgastarnos" (página 139), están surgiendo nuevas situaciones y retos, a los que no estamos atendiendo, como es la multirreligiosidad de la sociedad actual. "Algún tipo u otro de tratamiento académico... del fenómeno religioso habrá que encontrar" (página 139), expresa la queja de Giró, para concluir: "¿No habrá llegado el momento de una sana originalidad de propuestas que sumen e integren las aportaciones de todos?" (página 141). Pues parece que todavía no ha llegado, profesor Giró, desgraciadamente, y, más bien, resulta que las aguas de estos ríos siguen bajando cada vez más turbias.

Domingo hace una propuesta novedosa, que denomina *ciudadanía activa*. Estamos de nuevo ante un modelo que podría dar sus frutos, incluyendo en el ejercicio de la ciudadanía las tradiciones religiosas, sin necesidad de combates aconfesionales. Nadie negará la importancia de esta posición, yo tampoco, pero el problema es cómo materializarla. El autor reclama autocrítica, que podría ser una metodología de encuentro, la cuestión es saber qué sectores están dispuestos a realizarla en serio y en la práctica, porque encuentros sí se han celebrado con motivo de la LOE, pero con resultados escasísimos.

Por último, Javier Cortés conecta ciudadanía y religión. Reconoce que existe "la fijación un tanto esclerótica a veces de las diferentes posiciones al respecto" (página 201). Sea. Luego acude al lugar común ya conocido: hay que situar el tema de la religión "en el ámbito de reflexión cultural" (página 223). De acuerdo, pero la confesión católica hace desde aquí múltiples matizaciones, que tratan de llevar el agua a su molino y en este caso nos encontramos ya en un nivel político. Cortés se moja incluso, al afirmar que "creemos mucho más adecuado un planteamiento de la aconfesionalidad de lo público" (página 226). De acuerdo una vez más, pero con tal de que sea hasta sus últimas consecuencias y no para quedarnos a medias. Y me parece que esto es lo que



sucede cuando en las páginas siguientes se establece esta matización: "cabría articular en determinados tramos espacios específicos para contenidos más confesionales" (páginas 230-1). Por muy suavemente que se diga, estos intersticios desvirtúan la afirmada aconfesionalidad, colocándose de nuevo la confesionalidad, aunque sea por las puertas traseras. Este era precisamente el reproche que hacía Nietzsche a Kant en el momento de pasar del nivel de "razón pura" al de la "razón práctica" para salvar los postulados. Pues aquí es donde estamos situados, por mucho que se diga que "ni dogma ni moral: la religión desde su propia racionalidad como un saber histórico, cultural y narrativo que hay que conocer en su propia especificidad" (página 229).